

17º Domingo del Tiempo Ordinario



El tema fundamental que la liturgia nos invita a reflexionar, en este domingo, es el tema de la oración. Al poner delante de nuestros ojos los ejemplos de Abrahán y de Jesús, la Palabra de Dios nos muestra la importancia de la oración y nos enseña la actitud que los creyentes deben asumir en su diálogo con Dios.

La primera lectura sugiere que la verdadera oración es un diálogo "frente a frente", en el cual el hombre, con humildad, reverencia, respeto, pero también con osadía y confianza, presenta a Dios sus inquietudes, sus dudas, sus ansias e intenta percibir los proyectos que Dios tiene para el mundo y para los hombres.

El Evangelio nos sienta en el banco de la "escuela de la oración" de Jesús. Enseña que la oración del creyente debe ser como el diálogo confiado de un niño con su "papá".

Con Jesús, el creyente es invitado a descubrir en Dios "al Padre" y a dialogar frecuentemente con él acerca de ese mundo nuevo que el Padre/Dios quiere ofrecer a los hombres.

La segunda lectura, sin aludir directamente al tema de la oración, invita a hacer de Cristo la referencia fundamental (en este contexto de reflexión sobre la oración, podemos decir que Cristo tiene que ser la referencia y el modelo del creyente que reza: en la frecuencia con la que se dirige al Padre, en la forma como dialoga con el Padre).

PRIMERA LECTURA

No se enfade mi Señor, si sigo hablando

Lectura del libro del Génesis

18, 20-32

En aquellos días, el Señor dijo:

— «La acusación contra Sodoma y Gomorra es fuerte, y su pecado es grave; voy a bajar, a ver si realmente sus acciones responden a la acusación; y si no, lo sabré.»

Los hombres se volvieron y se dirigieron a Sodoma, mientras el Señor seguía en compañía de Abrahán.

Entonces Abrahán se acercó y dijo a Dios:

— «¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él? ¡Lejos de ti hacer tal cosa!, matar al inocente con el culpable, de modo que la suerte del inocente sea como la del culpable; ¡lejos de ti! El juez de todo el mundo, ¿no hará justicia?»

El Señor contestó:

— «Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos.»

Abrahán respondió:

— «Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza. Si faltan cinco para el número de cincuenta inocentes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad?»

Respondió el Señor:

— «No la destruiré, si es que encuentro allí cuarenta y cinco.»

Abrahán insistió:

— «Quizá no se encuentren más que cuarenta.»

Le respondió:

— «En atención a los cuarenta, no lo haré.»

Abrahán siguió:

— «Que no se enfade mi Señor, si sigo hablando.

¿Y si se encuentran treinta?»

Él respondió:

— «No lo haré, si encuentro allí treinta.»

Insistió Abrahán:

— «Me he atrevido a hablar a mi Señor.

¿Y si se encuentran sólo veinte?»

Respondió el Señor:

— «En atención a los veinte, no la destruiré.»

Abrahán continuó:

— «Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más.

¿Y si se encuentran diez?»

Contestó el Señor:

— «En atención a los diez, no la destruiré.»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Este texto del Libro del Génesis viene a continuación del leído el pasado domingo como primera lectura. Después de haber dejado la tienda de Abrahán, los tres personajes se dirigen a la ciudad de Sodoma, con el fin de constatar en el lugar el pecado de los habitantes de la ciudad.

Abrahán acompañó a sus visitantes divinos durante algún tiempo. El autor yahvista sitúa en un lugar alto, al Este del Hebrón, de donde se divisa Sodoma (cf. Gn 19,27), ese diálogo entre Abraham y Dios que el texto nos presenta.

Sodoma era una ciudad antigua, que se supone había existido en las márgenes del Mar Muerto, al sur de la península de El-Lisan. De acuerdo con las leyendas, fue una de las ciudades destruidas (las otras habrían sido Gomorra, Adama, Seboin y Segor) por un cataclismo que quedó en la memoria del pueblo bíblico.

Algunos estudiosos modernos han buscado una explicación para la leyenda en la geología de la zona: la región está situada en la falla del valle del Jordán, en una zona sujeta a terremotos y con actividad volcánica.

Depósitos de betún y de petróleo han sido descubiertos en esta región; y algunos escritores antiguos atestiguan de la presencia de gases que, una vez inflamados, podrían causar una terrible destrucción, del tipo del relatado en Gn 19. ¿Habría sido esto lo que sucedió en esa zona?

Es probablemente, ese recuerdo de un antiguo cataclismo, que en tiempos inmemoriales destruyó esta área, lo que originó la reflexión que esta lectura nos presenta.

Se podría pensar que un acontecimiento prehistórico muy remoto, cuyos restos enigmáticos eran todavía visibles en tiempos de Abrahán (como lo son todavía hoy), lo que habría excitado la fantasía religiosa, en el sentido de buscar las causas de una tan terrible catástrofe.

El diálogo que la primera lectura de hoy nos propone es un texto de transición que sirve para unir la leyenda de Mambré con las leyendas que relatan la destrucción de Sodoma y de las ciudades vecinas. Los autores yahvistas aprovecharían la ocasión para presentar una catequesis sobre el peso que el justo y el pecador tienen delante de Dios.

1.2. Mensaje

Dios se prepara para iniciar la "investigación", a fin de constatar la culpabilidad o la inocencia de Sodoma.

Es precisamente ahí donde el autor yahvista decide insertar esa pregunta fundamental que le inquieta: ¿qué sucedería si esa "investigación" demostrara la existencia en la ciudad de un pequeño grupo de justos? ¿Dios castigaría a toda la

comunidad? ¿Un puñado de justos vale tanto como que, por amor a ellos, Dios esté dispuesto a perdonar el castigo a una multitud de culpables?

La idea de que un puñado de "justos" pueda salvar a la ciudad pecadora es, en pleno siglo X antes de Cristo (la época del yahvista), una idea revolucionaria.

Para la mentalidad religiosa de los israelitas de este momento, todos los miembros de una comunidad (familia, ciudad, nación) eran solidarios en el bien y en el mal; si alguien fallaba, el castigo debería, inevitablemente, derramarse sobre el grupo entero.

Sin embargo, los catequistas yahvistas se atreven a sugerir que *tal vez* la "justicia" de unos pocos sea, para Dios, más importante que el pecado de la mayoría.

A pesar de todo, aún estamos lejos de la perspectiva de la retribución y de la responsabilidad individuales: esas ideas sólo serán consagradas por la catequesis de Israel a partir del siglo VI antes de Cristo (época del exilio de Babilonia).

El problema que Abrahán intenta resolver es, por tanto, si a los ojos de Dios un grupo de "justos" tiene tal peso que, por amor a ellos, Dios esté dispuesto a suspender el castigo que pesa sobre toda la colectividad.

Los números sucesivamente empleados por Abrahán (en forma descendente, de 50 a 10) forman aparte de la costumbre del "regateo" oriental; pero sirven, también, para poner de relieve la misericordia y la "justicia de Dios": la rebaja hasta diez "justos" y las sucesivas manifestaciones de la voluntad de Dios para suspender el castigo muestran que, en él, la misericordia es mayor que la voluntad de castigar, que la voluntad de salvar es infinitamente mayor que la voluntad de condenar.

Definida la cuestión fundamental que el yahvista quiere abordar, detengámonos ahora un poco en la forma como se desarrolla la "charla" entre Abrahán y Dios.

Es un diálogo "cara a cara" en el cual Abrahán se presenta con humildad, con respeto, pues se siente "polvo y ceniza" ante la omnipotencia de Dios. Sin embargo, a medida que el diálogo avanza, y que Abrahán se encuentra con la benevolencia de Dios, va surgiendo la confianza.

Abrahán llega a ser inoportuno en su insistencia y osado en su regateo. Recordando a Dios sus compromisos, él aparece como el "intercesor", que consigue de la misericordia de Dios que un número insignificante de justos tenga más peso que un número mucho más elevado de culpables.

¿Es posible dialogar con Dios de esta forma familiar, confiada, insistente, osada?

Desde luego, pues el Dios de Abrahán es ese Dios que viene al encuentro del hombre, que entra en su tienda, que se sienta a su mesa, que establece con él una relación de comunión, que realiza los sueños de ese hombre que acoge, que acepta compartir con él sus proyectos. Un Dios que se revela de esa forma es un Dios con quien el hombre puede dialogar, con amor y sin temor.

1.3. Actualización

Considerad, en la reflexión, los siguientes datos:

- ✚ El diálogo entre Abrahán y Dios a propósito de Sodoma confirma a ese Dios de la comunión, que viene al encuentro del hombre, que entra en su casa, que se sienta a la mesa con él, que escucha sus anhelos y que les da respuesta; y muestra, además de eso, a un Dios lleno de bondad y de misericordia, cuya voluntad de salvar es infinitamente mayor que la voluntad de condenar. Ese es el Dios "próximo", lleno de amor, que quiere venir a nuestro encuentro y compartir nuestra vida: sólo será posible rezar, si antes hemos descubierto este "rostro" de Dios.

- ✚ La "oración" de Abrahán es modelo de "oración" para el creyente: es un diálogo con Dios, un diálogo humilde, reverente, respetuoso, pero también lleno de confianza, de osadía y de esperanza. No es una repetición de palabras huecas, gravadas y repetidas como un loro, sino un diálogo espontáneo y sincero, en el cual el creyente se expone y pone delante de Dios todo aquello que llena su corazón. ¿Mi oración es este diálogo espontáneo, vivo, confiado con Dios, o es una repetición cansina de fórmulas ya hechas, dichas deprisa y corriendo y sin ningún significado?

Salmo responsorial

Salmo 137, 1-3.6-8

V/. Cuando te invoqué, Señor,
me escuchaste.

R/. Cuando te invoqué, Señor,
me escuchaste.

V/. Te doy gracias, Señor, de todo corazón;
delante de los ángeles tañeré para ti,
me postraré hacia tu santuario.

R/. Cuando te invoqué, Señor,
me escuchaste.

V/. Daré gracias a tu nombre,
por tu misericordia y tu lealtad.
Cuando te invoqué, me escuchaste,
acreciste el valor en mi alma.

R/. Cuando te invoqué, Señor,
me escuchaste.

V/. El Señor es sublime, se fija en el humilde,
y de lejos conoce al soberbio.
Cuando camino entre peligros,
me conservas la vida;
extiendes tu brazo contra la ira de mi enemigo,
y tu derecha me salva.

R/. Cuando te invoqué, Señor,
me escuchaste.

V/. El Señor completará sus favores conmigo:
Señor, tu misericordia es eterna,
no abandones la obra de tus manos.

R/. Cuando te invoqué, Señor,
me escuchaste.

SEGUNDA LECTURA

**Os dio vida en Cristo,
perdonándoos todos los pecados**

**Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses
2, 12-14**

Hermanos:

Por el bautismo
fuisteis sepultados con Cristo,
y habéis resucitado con él,
porque habéis creído en la fuerza de Dios
que lo resucitó de entre los muertos.

Estabais muertos por vuestros pecados,
porque no estabais circuncidados;
pero Dios os dio vida en él,
perdonándoos todos los pecados.

Borró el protocolo
que nos condenaba con sus cláusulas
y era contrario a nosotros;
lo quitó de en medio,
clavándolo en la cruz.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Por tercera semana consecutiva, tenemos como segunda lectura un texto de la Carta a los Colosenses en la que Pablo defiende la absoluta suficiencia de Cristo para la salvación del hombre.

El texto que hoy se nos propone forma parte de una perícopa en la que Pablo polemiza contra los "falsos doctores" que confundían a los cristianos de Colosas con exigencias acerca de los ángeles, de ritos y de prácticas ascéticas (cf. Col 2,4-3,4).

Después de exhortar a los colosenses sobre la firmeza en la fe frente a los errores de los "falsos doctores" (cf. Col 2,4-8), Pablo afirma que Cristo basta, pues es en él en el que reside la plenitud de la divinidad; él es la cabeza de todo principado y potestad y fue él quien nos redimió con su muerte (cf. Col 2,9-15).

2.2. Mensaje

La cuestión fundamental es, en este breve texto, la afirmación de la supremacía de Cristo y de su suficiencia en la salvación del creyente.

Por el bautismo, el creyente se adhirió a Cristo y se identificó con Cristo, murió al pecado y nació a la vida nueva del Hombre Nuevo. En Cristo encontramos, por tanto, la vida en plenitud, sin que sea necesario recurrir a nada más (poderes angélicos, ritos, prácticas) para tener acceso a la salvación.

Para representar, de forma más explícita, lo que significa este "morir" y "resucitar", Pablo se refiere a un "protocolo de condena" que la muerte de Cristo había "quitado de en medio".

Este "protocolo" en el que se reconoce nuestra deuda para con Dios puede designar aquí, ya a la Ley de Moisés (con sus leyes, exigencias, prescripciones, imposibles de cumplir en su totalidad y constituyendo, por tanto, un documento de acusación contra los fallos de los hombres), o el "registro", donde, de acuerdo con las tradiciones judías de la época, Dios inscribe las cuentas de la humanidad (cf. Sal 139,16).

De una forma o de otra, no interesa acentuar demasiado esta imagen del "protocolo de condena": es, únicamente, una expresión, utilizada para significar que Cristo anuló nuestras deudas (en el sentido en que nuestro egoísmo y nuestro pecado murieron, en el instante en el que él nos liberó); y, a través de Cristo, comenzó para nosotros una vida nueva, libre de todo lo que nos oprime, nos esclaviza, nos roba la felicidad, nos impide el acceso a la vida plena.

2.3. Actualización

Para la reflexión y actualización de la Palabra, considerad los siguientes elementos:

- ✚ Más de una vez, la Palabra de Dios afirma la absoluta centralidad de Cristo en nuestra existencia cristiana.

Es por él, y sólo por él, por quien nuestro pecado y nuestro egoísmo son sanados y por quien tenemos acceso a la salvación, o sea, a la vida nueva del Hombre Nuevo. Es en esto donde reside lo fundamental de nuestra fe y es en Cristo (en su vida hecha donación, entrega, amor hasta la muerte) donde se debe centralizar nuestra existencia de cristianos.

Al denunciar la actitud de los colosenses (más preocupados por los poderes de los ángeles y por ciertas prácticas y ritos que de Cristo), Pablo nos advierte para que no nos dejemos apartar de lo esencial por aspectos secundarios. El criterio fundamental, respecto a la vivencia de nuestra fe, debe ser este: todo lo que contribuye a llevarnos hasta Cristo es bueno; todo lo que nos separa de Cristo es prescindible.

- ✚ Es necesario tener conciencia de que el bautismo, identificándonos con Jesús, constituye un punto de partida para una vida vivida a ejemplo de Jesús, en donación, en servicio, en entrega de la vida por amor.

¿Es este "camino" el que estamos recorriendo?

¿Mi vida se conduce, decisivamente, en dirección al Hombre Nuevo o me mantiene fosilizado en el hombre viejo del egoísmo, del orgullo y del pecado?

Aleluya

Aleluya Rm 8, 15bc

Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos,
que nos hace gritar:
«¡Abba!, Padre.»

EVANGELIO

Pedid y se os dará

✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas

11, 1-13

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo:

— «Señor, enséñanos a orar,
como Juan enseñó a sus discípulos.»

Él les dijo:

— «Cuando oréis decid:
"Padre, santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
danos cada día nuestro pan del mañana,
perdónanos nuestros pecados,
porque también nosotros perdonamos
a todo el que nos debe algo,
y no nos dejes caer en la tentación."»

Y les dijo:

— «Si alguno de vosotros tiene un amigo,
y viene durante la medianoche para decirle:
"Amigo, préstame tres panes,
pues uno de mis amigos ha venido de viaje
y no tengo nada que ofrecerle."»

Y, desde dentro, el otro le responde:

"No me molestes; la puerta está cerrada;
mis niños y yo estamos acostados;
no puedo levantarme para dártelos."»

Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta
y se los da por ser amigo suyo,
al menos por la importunidad se levantará
y le dará cuanto necesite.

Pues así os digo a vosotros:
Pedid y se os dará,
buscad y hallaréis,
llamad y se os abrirá;
porque quien pide recibe,
quien busca halla,
y al que llama se le abre.

¿Qué padre entre vosotros,
cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra?
¿O si le pide un pez, le dará una serpiente?
¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?
Si vosotros, pues, que sois malos,
sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos,
¿cuánto más vuestro Padre celestial
dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

El Evangelio de este domingo nos sitúa, una vez más, en el "camino de Jerusalén", es decir, recorriendo ese camino espiritual que prepara a los discípulos para que asuman plenamente el ser testigos del Reino. La catequesis que Jesús presenta hoy a los discípulos es sobre la forma de dialogar con Dios.

Lucas es el evangelista de la oración de Jesús. Relata la oración de Jesús en el bautismo (cf. Lc 3,21), antes de la elección de los Doce (cf. Lc 6,12), antes del primer anuncio de la pasión (cf. Lc 9,18), en el contexto de la transfiguración (cf. Lc 9,28-29), tras el regreso de los discípulos de la misión (cf. Lc 10,21), en la última cena (cf. Lc 22,32), en Getsemaní (cf. Lc 22,40-46), en la cruz (cf. Lc 23,34.46). En general, la oración es el espacio de encuentro de Jesús con el Padre, el momento de discernimiento del proyecto del Padre.

El texto que hoy se nos propone nos presenta a Jesús orando al Padre y enseñando a los discípulos cómo orar al Padre.

No se trata tanto de enseñar una fórmula fija, que los discípulos deban repetir de memoria, sino más bien proponer un "modelo".

Por lo demás, el "Padrenuestro" conservado por Lucas es un tanto diferente del "Padre Nuestro" conservado por Mateo (cf. Mt 6,9-13), lo que puede explicarse por tradiciones litúrgicas distintas. La versión de Mateo corresponde con un medio judeo-cristiano, en cuanto que el de Lucas, más breve y con menos adornos litúrgicos, está más próxima (probablemente) de la oración original. Ninguna de estas versiones pretende, en realidad, reproducir literalmente las palabras de Jesús, sino mostrar a las comunidades cristianas cual es la actitud que se debe asumir en el diálogo con Dios.

3.2. Mensaje

¿Cómo deben rezar pues los discípulos? Lucas se refiere a dos aspectos que deben ser considerados en el diálogo con Dios.

El primero se refiere a la "forma": debe ser un diálogo de un hijo con el Padre; el segundo se refiere al "asunto": el diálogo incidirá en la realización del plan del padre, para la venida del mundo nuevo.

Tratar a Dios como "Padre" no es una novedad. En el Antiguo Testamento, Dios es "como un padre" que manifiesta amor y solicitud por su Pueblo (cf. Os 11,1-9).

No obstante, en boca de Jesús, la palabra "Padre" referida a Dios no es utilizada en sentido simbólico, sino en sentido real: para Jesús, Dios no es "como un padre", sino que es "el padre".

El mismo lenguaje con el que Jesús se dirige a Dios muestra esto: la expresión "Padre" usada por Jesús traduce el original arameo "abba" (cf. Mc 14,36), tomada de

manera común y familiar como los niños llamaban a su "papá". Al referirse a Dios de esta forma, Jesús manifiesta la intimidad, el amor, la comunión de vida, que le ligan a Dios.

Sin embargo, el aspecto más sorprendente reside en el hecho de que Jesús ha aconsejado a sus discípulos que traten a Dios de la misma forma, admitiéndoles a la comunión que existe entre él y Dios.

¿Por qué los discípulos pueden llamar "Padre" a Dios? Porque, al identificarse con Jesús y al acoger las propuestas de Jesús, establecen una relación íntima con Dios (la misma relación de comunión, de intimidad, de familiaridad que unen a Jesús y al Padre). Se convierten, por tanto, en "hijos de Dios".

Sentirse "hijo" de ese Dios que es "Padre" significa además: reconocer la fraternidad que nos liga a una inmensa familia de hermanos. Decir a Dios "Padre" implica salir del individualismo que aliena, superar las divisiones y destruir las barreras que impiden amar y ser solidarios con los hermanos, hijos del mismo "Padre".

De esta forma, Cristo invita a los discípulos a asumir, en su relación y en su diálogo con Dios, la misma actitud de Jesús: la actitud de un niño que, con simplicidad, se entrega confiadamente en las manos del padre, acoge naturalmente su ternura y su amor y acepta la propuesta de intimidad y de comunión que esa relación padre/hijo implica; invita, también, a los discípulos a amarse como hermanos y a formar una verdadera familia, unida alrededor del amor y del cuidado del "Padre".

Definida la "actitud", falta definir el "asunto" o el "tema" de oración. En la perspectiva de Jesús, el diálogo del creyente con Dios debe, sobre todo, abordar el tema de la venida del Reino, del nacimiento de ese mundo nuevo que Dios nos quiere ofrecer.

La referencia a la "santificación del nombre" expresa el deseo de que Dios se manifieste como salvador a los ojos de todos los pueblos y el reconocimiento por parte de los hombres, de la justicia y de la bondad del proyecto de Dios para el mundo.

La referencia a la "venida del Reino" expresa el deseo de que ese mundo nuevo que Jesús vino a proponer se torne una realidad definitivamente presente en la vida de los hombres.

La referencia al "pan de cada día" expresa el deseo de que Dios no cese de alimentarnos con su vida (en la forma del pan material y en la forma del pan espiritual).

La referencia al "perdón de los pecados" pide que la misericordia de Dios no cese de derramarse sobre nuestras infidelidades y que, a partir de nosotros, también llegue a los otros hermanos que fallaron.

La referencia a la "tentación" pide que Dios no nos deje seducir por la llamada de las felicidades ilusorias, sino que nos ayude a caminar al encuentro de la felicidad duradera, de la vida plena.

Dos parábolas finales completan el cuadro.

El acento de la primera (vv. 5-8) no debe ser puesto tanto en la insistencia del "amigo inoportuno", sino más en la acción del amigo que satisface la petición; lo que Jesús pretende decir es: si los hombres son capaces de escuchar la llamada de un amigo inoportuno, todavía más Dios atenderá gratuitamente a aquellos que se dirigen a él.

La segunda parábola (vv. 9-13) invita a la confianza en Dios: él nos conoce bien y sabe lo que necesitamos; en todas las circunstancias él derramará sobre nosotros el Espíritu, que nos permitirá afrontar todas las situaciones de la vida con la fuerza de Dios.

3.3. Actualización

Considerad, en la reflexión, los siguientes elementos:

- ✚ El Evangelio de Lucas subraya el espacio significativo que Jesús daba, en su vida, al diálogo con el Padre, sobretodo, antes de ciertos momentos determinantes, en los cuales se hacía particularmente importante el cumplimiento del proyecto del Padre.
¿En mi vida, encuentro espacio para ese diálogo con el Padre?
¿En la oración, procuro "sentir el pulso" de Dios para conocer su proyecto para mi, para la Iglesia y para el mundo?
- ✚ La forma como Jesús se dirige a Dios muestra la existencia de una relación de intimidad, de amor, de confianza, de comunión entre él y el Padre (de tal forma que Jesús llama a Dios "papá"); y él invita a sus discípulos a asumir una actitud semejante cuando se dirige a Dios.
¿Es esa actitud la que yo asumo en mi relación con Dios?
¿Él es el "papa" a quien amo, en quien confío, a quien recurro, con quien comparto la vida, o es el Dios distante, inaccesible, indiferente?
- ✚ Mi oración es una oración egoísta, de "pedigüeño" o es, antes de nada, un encuentro, un diálogo, en el cual me esfuerzo para escuchar a Dios, por estar en comunión con él, por percibir sus proyectos y acogerlos?
- ✚ Mi oración es una "negociación" entre dos comerciantes ("te doy esto si me das aquello") o es un encuentro con un amigo a quien necesito, a quien amo y con quien comparto las preocupaciones, los sueños y las esperanzas?

SUGERENCIAS PRÁCTICAS - 17º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana procurad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Recordad los lugares de oración.

Este domingo "de la oración" puede ser ocasión para recordar los lugares de la oración de la parroquia (iglesia, capilla...), de algún santuario próximo...Se pueden colocar esas indicaciones a la entrada de la iglesia, precisando los lugares, horarios y todas las informaciones útiles.

De cualquier forma, más allá del lugar de culto, es bueno recordar que el gran lugar de oración es el corazón de la propia persona abierta a Dios y a nuestra casa-familia.

3. El libro de las intenciones de oración.

Se podría colocar un libro a la entrada de la iglesia, para quien quiera escribir una intención de oración. Todas esas oraciones (o algunas) pueden ser proclamadas en el momento de la oración universal.

4. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar el momento de la acogida de las lecturas con una oración.

Al terminar la primera lectura: "Dios de bondad, te damos gracias por tu Hijo Jesús; inocente, aceptó morir por los pecadores. Como grande es el clamor que sube de todas las regiones afectadas por los cataclismos, los de la naturaleza y los de origen humano. Iluminanos sobre las formas de socorrer a las víctimas".

Al finalizar la segunda lectura: "Dios de la vida y de la resurrección, te damos gracias por nuestro bautismo. Estábamos destinados a la muerte y Tú nos diste la vida, perdonaste los pecados de la humanidad y pagaste por nosotros. Te pedimos por los jóvenes y los adultos que se preparan para el bautismo y por aquellos que han reencontrado la fe, después de un período de abandono. Mantennos en el camino de la conversión".

Al finalizar el Evangelio: "Padre Nuestro, te damos gracias por la oración, porque Jesús tu Hijo nos enseñó a buscarte, a llamar a tu puerta, a pedirte el pan y a hablarte directamente y con confianza, como hijos de su Padre. Nosotros te pedimos: que tu nombre sea santificado, que venga a nosotros tu reino, danos tu pan de vida, perdona, danos tu Espíritu Santo.

5. Plegaria Eucarística.

Se puede elegir la Plegaria Eucarística I para la Reconciliación. Recuerda de manera significativa la intercesión y la mediación de Cristo, de la que habla la primera lectura.

6. Palabra para el camino.

Rezar el Padrenuestro como si fuese la primera vez.

Como los discípulos, vayamos sin cesar a la escuela de Jesús para rezar.

Volver a aprender de él el sentido y la fuerza de la palabra que él nos dejó.

Volvamos a decirlas, saboreándolas y dejando que nos transformen.

Durante esta semana, procuremos rezarlas como si fuese un descubrimiento, recibéndolas de boca de Jesús.

